

LA FILOSOFÍA¹ (1 8 7 9)

por JULIÁN BARRAQUERO

Acompañada de una nota de Arturo Andrés Roig, acerca de la ubicación filosófica del autor de estas páginas documentales.

Sumario: Origen y desarrollo de la filosofía. Su objeto y su división. Su relación con las demás ciencias. Importancia de su estudio en la época de descomposición política y social porque atravesamos.

Jóvenes estudiantes:

§ 1. He aceptado, lleno de satisfacción y de júbilo, el alto honor de regentar la Cátedra de Filosofía en el Colegio Nacional de Mendoza; pero, comprendiendo, al mismo tiempo, la seriedad de la misión y los altos deberes que ella me impone.

Bien sé, que enseñar filosofía, afrontar con franqueza y con sinceridad todos esos grandes problemas o cuestiones que se debaten en el campo filosófico, tales, como la inmortalidad del alma, el ideal de la humanidad, la dignidad de la razón, etc.; y señalar a la juventud los faros que deben iluminarle la senda de la vida democrática, es una tarea muy ardua y que tiene muchos escollos que salvar, muchas dificultades que vencer. Pero estas mismas dificultades y esos mismos

¹ El krausismo, divulgado principalmente a través de las obras del catedrático de Bruselas Heinrich Arhens y de las del principal representante español del movimiento, Julián Sanz del Río, fue juntamente con el eclecticismo, el racionalismo deísta, el doctrinarismo, el tradicionalismo, el naturalismo humboldtdiano, el vitalismo médico y otras corrientes que se podrían mencionar, una de las tantas fuentes del espiritualismo argentino anterior a la aparición del espíritu positivista y que perduró durante el imperio de éste bajo diversas formas.

En Mendoza el krausismo aparece en 1875 y su influencia se mantiene en sus introductores a lo largo de toda su producción intelectual. Podemos mencionar los siguientes documentos significativos en los que resulta claramente manifiesta su presencia: la utopía política *Nueva Osorno o la Ciudad de los Césares*, de Nicanor Larrain (1840-1902), publicada en 1875. Larrain se había iniciado en el eclecticismo con Luis José de la Peña; la conferencia "La Filosofía", de Julián Barraquero (1856-1935) que ahora damos a conocer, sacada de las páginas de un antiguo periódico mendocino. Barraquero se había iniciado en la filosofía con José María Estrada; del mismo Barraquero conocemos otra conferencia sobre "La Economía Política", aparecida en 1881,

escollos virilizan y retemplan a todo aquel que ama a su patria y que está siempre dispuesto a enarbolar, bien alto, la bandera del deber.

Comprendo cuánta es la influencia de la filosofía en la suerte de los pueblos, en qué relación está con el carácter, con la dignidad del hombre, con la tolerancia de las opiniones, con la independencia y con el destino de la razón; y más que todo, Sres., cuánto importa su estudio para la juventud argentina en la época de descomposición política y social, porque atravesamos. Es por esto que os decía, que mi ascenso a esta cátedra me llenaba de satisfacción y de júbilo; porque no puede sentir otras emociones aquel que se encuentra en vísperas de poner su humilde contingente al servicio de una causa tan noble y que tanto inflama el corazón de la juventud, como es el porvenir de la patria.

§ 2. Los pueblos sudamericanos se revuelcan hace medio siglo en el fango de la anarquía, porque desde su advenimiento a la democracia han carecido de una instrucción popular sólida y compacta.

No puede gobernarse a sí mismo, o más bien dicho, no puede regirse por el sistema republicano, un pueblo que no tiene conciencia de sus derechos ni de sus deberes; porque entonces se entroniza el monopolio de los gobernantes y de los caudillos, el más odioso y más repugnante de los gobiernos libertinos apócrifos.

La instrucción popular que se difunde en las Provincias argentinas es incompleta y nociva a los principios fundamentales de gobierno porque se rigen. Mientras el ciudadano no sepa raciocinar, mientras no sepa pensar, mientras no tenga un conocimiento exacto de sus derechos y de sus deberes, en una palabra, mientras no se le inculquen las verdaderas nociones del Derecho Natural, será una máquina inconsciente, manipulada por los gobiernos y por los caudillos y que sólo sirve para tener a los pueblos en continua anarquía y zozobra.

también de interés para el krausismo y por último, debemos hablar de Carlos Norberto Vergara (1857-1929) cuyo krausismo se ha manifestado a partir de 1884 en las páginas del periódico mendocino *El Instructor Popular*. Vergara procedía de la Escuela Normal de Paraná y de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Plata. El krausismo de Vergara evolucionó hacia lo que se ha denominado el krauso-positivismo. En él lo mismo que en Barraquero, los presupuestos generales del krausismo se mantuvieron firmes hasta sus últimos días. Ambos además, fueron hombres de vastas influencias dentro del país, en el campo pedagógico, el primero y en el jurídico y económico, el segundo. Las fechas del fallecimiento de ambos pueden considerarse como las del agotamiento del krausismo argentino.

Una bibliografía de Larrain, Barraquero y Vergara puede verse en nuestro trabajo; *Ensayo bibliográfico sobre el despertar literario de Mendoza (1607-1900)*, en Facultad de Filosofía y Letras, *Catálogo de Publicaciones (1939-1960)*, Primera Parte, Mendoza, 1963 (Cuadernos de la Biblioteca Central, 3).

La conferencia que ahora damos a conocer fue dictada el 4 de marzo de 1879 en la Cátedra de Filosofía del Colegio Nacional de Mendoza y publicada en *El Constitucional*, Sección "Ciencias", los días 6, 11, 13 y 15 de marzo del mismo año. En el texto se ha respetado la puntuación original, si bien se han introducido algunos cambios en la ortografía. La indicación de parágrafos es nuestra.

ARTURO ANDRÉS ROIG.

La filosofía no es, como generalmnete se cree, una especie de mitología, cuyos problemas sólo están al alcance de los que se titulan doctores o sabios; no: es por su naturaleza y debe ser por su objeto, esencialmente popular; y el ciudadano no sólo debe saber rezar, contar y votar, sino también por qué reza, por qué cuenta y por qué va a los comicios.

§ 3. La filosofía ha sido considerada hasta hoy como un conjunto de problemas fundamentales del espíritu humano, declarados inaccesibles al vulgo; pero no es así: las cuestiones de que se ocupa la filosofía son todas de sentido común; y lo creo tanto más, cuanto que, lejos de constituir una ciencia universal, esas cuestiones tratan sólo de las condiciones del saber.

La filosofía, según la significación etimológica de la palabra, la constante práctica de los pensadores, el resultado de sus trabajos, y las definiciones más acreditadas, es la investigación o descubrimiento de la razón de las cosas.

Mucho tiempo y trabajo han necesitado los investigadores para llegar a esta conclusión que, con seguir el sentido común, se habría ocurrido a cualquiera, y comprenderán seguramente todos.

Darse cuenta de lo que en su interior pasa, de lo que observa o hace fuera de sí mismo, es decir, de las cosas cuya existencia pueden acreditarle su conciencia o sus sentidos, y cuya razón puede penetrar su espíritu, he aquí lo que es filosofar para el hombre, para quien es materia de filosofía todo lo que le llega por los ojos del cuerpo y los del alma.

En cuanto a la naturaleza íntima de las cosas, a ese no sé qué que la metafísica no puede dejar de tratar, e imagina o concibe después de haber hecho abstracción de la fenomenalidad de las cosas y de su razón, si este residuo no es puramente la nada, no tenemos que ver nada con él; no interesa ni nuestra sensibilidad, ni nuestra inteligencia; no puede excitar siquiera nuestra curiosidad.

Ahora bien. ¿en qué es todo esto superior al alcance del vulgo? ¿No estamos sin saberlo todos y cada uno de vosotros filosofando continuamente? ¿Quién es el hombre que en los negocios de este mundo, se cuida de otra cosa que de lo que interesa su espíritu, su corazón o sus sentidos?

§ 4. Para que seáis filósofos, no necesitaréis otra cosa que fijar más vuestra atención en lo que hacéis, sentís y decís: ¿es éste un misterio? Pero si pretendéis ir más allá de la razón de las cosas y queréis filosofar sobre la naturaleza misma, os habréis puesto fuera de la razón y la naturaleza. — ya no seréis filósofos, sino dementes de la filosofía.

Es preciso que la juventud que se educa en estas Provincias, que no está en comunión con el mundo ni en contacto con los movimientos y revoluciones que se operan en las ciencias, aprenda a filosofar y a amar las verdaderas doctrinas, para que cuando pise un escenario como el de Buenos Aires, no se deje alucinar por el charlatanismo, ni por el sofisma. La mayor parte de la juventud bonaerense (especialmente la que se dedica al estudio de la medicina) es materialista; y esto hace necesario que la

cátedra de filosofía de cada uno de los Colegios Nacionales sea una fuente y un foco, donde la juventud beba las verdaderas doctrinas de moralidad y se ilumine con los grandes principios salvadores de nuestra patria y de la humanidad entera.

Si se miran con indiferencia estos peligros, si los pensadores y los hombres del gobierno no se preocupan de apartar a la juventud de la pendiente fatal en que se está colocando, no está distante la época en que presenciemos un cataclismo social y veamos arder a Buenos Aires, como ardió París no por el petróleo, sino por el materialismo.

§ 5. Pero voy a dejar aquí estas cuestiones, que son más bien de filosofía local, o aplicada a nuestro país, para mostrarnos cómo influye la filosofía en los grandes movimientos de la civilización.

La filosofía, como ciencia de principios, extiende, eleva y madura el pensamiento; habitúa la inteligencia a ver las cosas de arriba, en sus causas y en sus leyes; ensancha al mismo tiempo el horizonte del espíritu y permite comprender un vasto conjunto; nos obliga a entrar en nosotros mismos, a luchar contra nuestras propias ilusiones, para llegar seguramente a la verdad y en este ejercicio fortifica y perfecciona nuestra actividad intelectual.

Las ciencias especiales prácticas, como especialidades, no hacen frecuentemente más que estrechar, comprimir y oscurecer la inteligencia. El estudio de la filosofía no ofrece este peligro: lejos de ahogar el pensamiento, le da vuelo hacia las regiones superiores de lo ideal y lo divino y lo conserva de lo que excede la realidad vulgar, de lo que es enteramente digno de admiración y de meditación.

La filosofía acaba la educación del pensamiento, permitiendo al . . . [ilegible] . . .

y qué debe hacer? ¿Cuáles son sus relaciones con la sociedad, con el mundo y con Dios? Importa al sosiego de la conciencia y a la dignidad de la razón que tengamos calma sobre estas grandes cuestiones.

La filosofía ejerce la misma influencia sobre el sentimiento que sobre el pensamiento: eleva, desenvuelve y perfecciona la vida afectiva como la vida intelectual, por la razón sencillísima de que el pensamiento y el sentimiento son facultades paralelas y complementarias del espíritu, de la misma manera que el espíritu y el cuerpo son expresiones diversas y complementarias de la naturaleza humana.

El pensamiento y el sentimiento están ligados entre sí por una relación de condicionalidad, como órganos de un cuerpo vivo. Todo lo que enerva o vivifica la inteligencia, enerva o vivifica, de la misma manera, el corazón. Para obrar es necesario conocer, cuanto mejor se comprende un objeto, mejor nos penetramos de él; nuestros sentimientos carecen de claridad, quedan oscuros y confusos y degeneran en pasiones cuando se relacionan a objetos que no están suficientemente determinados por el entendimiento; la cualidad, la fuerza y la profundidad de nuestras emociones, en una palabra, la cultura del corazón corresponde generalmente a la cultura del pensamiento.

En razón del imperio que ejerce sobre el sentimiento y sobre la inteligencia, la filosofía mejora, desenvuelve y fortifica igualmente la voluntad. Esta es la facultad por la cual el espíritu se determina o se decide a obrar. Elevando simultáneamente el pensamiento, el sentimiento y la voluntad hacia lo ideal, la filosofía forma, afirma y mejora el carácter. La elevación y la dignidad del carácter dependen del apego a los principios; la debilidad de carácter que se nota en las épocas de decadencia proviene de la defeción de principios. El espíritu nutrido de principios no puede variar, a menos que se corrompa y pierda sus convicciones.

Para acabar la educación del carácter y comunicarle a la vez la dulzura y la fuerza, el hechizo y la magnanimidad, conviene desenvolver la noción y el sentimiento de Dios. La piedad, Sres., no está en los *prácticos*, sino en el corazón de aquel que quiere que sus sentimientos, sus pensamientos y sus actos sean dignos de Dios.

§ 6. La filosofía, formando el carácter, elevando el espíritu y el corazón hacia Dios, comunica a sus adeptos el sentimiento profundo de la libertad y de la independencia. Libra al hombre de la tiranía, de los hábitos y de las pasiones, del yugo de las preocupaciones, del empuje de la opinión pública, de la influencia de todas las exterioridades, políticas o religiosas que frecuentemente oprimen la conciencia. Ha sido la libertadora de la humanidad en todas las épocas de disolución de creencias o de renovación social. De ahí la cólera de todos los partidos retrógrados contra la filosofía, en todos los tiempos antiguos y modernos.

La filosofía enseña a ver las cosas por sí mismas y a darse cuenta de la verdad. El filósofo no cree lo que otros creen, porque lo creen; cree lo que le parece verdadero, aunque sólo sea según su dictamen. Sabe que el número no hace la verdad y que en todos los descubrimientos uno sólo tiene la razón. No condena lo que otros condenan, para obedecer al ejemplo de la tradición; condena lo que reconoce como falso, aunque deba sufrir el ultraje, la prisión o la muerte como Sócrates, Bruno, Vonini, Galileo y otros tantos mártires de la verdad. El verdadero filósofo examina, quiere ilustrarse antes de decidirse, y si después del examen se somete, . . . [ilegible] . . . se hace esclavo de sus pasiones, o llega a ser el juguete de sus caprichos, carece de dignidad.

Tal es la influencia de la filosofía sobre el espíritu humano: extiende, eleva, madura el pensamiento, el sentimiento y la voluntad, forma el carácter, nos da la conciencia de nuestra dignidad y de nuestra independencia, desenvuelve entre nosotros el sentimiento de la tolerancia y de imparcialidad. Bajo todas estas relaciones la filosofía es el más útil auxiliar del cumplimiento de nuestro destino.

§ 7. Ya habréis comprendido la influencia de la filosofía sobre la sociedad, sobre el progreso, sobre la marcha de la civilización. Si los espíritus se elevan o se deprimen, si los sentimientos se purifican o se corrompen, si los caracteres se afirman o se degradan, la sociedad está en vías de progreso o de decadencia. La filosofía es la precursora de la civilización;

adelanta su época y anuncia la transformación que va a cumplirse. Ejerce su efecto desde luego sobre los espíritus superiores, sobre los poetas, los literatos, los sabios, los jefes políticos o religiosos de los pueblos, y de aquí ilustra por la enseñanza, por la prensa o por la propaganda, ya como estudio, ya como tendencia, a la generación nueva y sucesivamente a todas las esferas sociales.

Cada verdad moral es un germen que se desenvuelve, que toma raíz en la conciencia, y que en lo venidero dará sus frutos, porque cae en un terreno fecundo y no se detiene en su crecimiento por circunstancias contrarias. El germen puede vegetar largo tiempo en un rincón oscuro de la tierra, si la hora de su florecencia no ha llegado; en este caso dejará pasar la ola de los acontecimientos y esperará su día.

Todas las leyes y las instituciones se reforman al contacto de la filosofía. Inspira en todas partes el espíritu de libertad, de justicia y de tolerancia, que modifica y transforma poco a poco las instituciones y las leyes decrepitas y opresivas.

Si se emplea la violencia contra el libre pensamiento, perecerá por la violencia. La corriente que le impide avanzar gana más fuerza de hora en hora, hasta que llega a ser irresistible y entonces inunda y desvasta al país. Así es como se obtiene una revolución brutal, en vez de una transformación pacífica y regular. *Los peores revolucionarios son los conservadores obstinados que no comprenden las necesidades de su tiempo y nada quieren ceder al progreso*².

La filosofía preserva a la sociedad de estos cataclismos, cuando se la deja como al arroyo la libertad de sus corrientes. Es como el pararrayos que descarga la electricidad de que el cuerpo social está cargado, o como la válvula que da salida al vapor y previene la explosión.

Tal es, jóvenes estudiantes, el rol que juega la filosofía en todos los órdenes de la cultura humana.

Estudiadla con constancia y con cariño, y aprenderéis a amar la paz, el progreso y la libertad.

§ 8. Señores: la filosofía es tan antigua como el hombre. Ha nacido de la necesidad que tiene el espíritu humano de darse cuenta de la causa y del fin de toda existencia, de investigar en los fenómenos variables las leyes permanentes, en la variedad de los hechos la unidad de los principios.

Los axiomas de la filosofía son el fruto de la razón. Ella comienza cuando la inteligencia reflexiona acerca de los fenómenos del mundo físico, intelectual y moral, para descubrir las causas a que esos efectos son debidos, y ve coronados sus esfuerzos cuando los principios descubiertos explican los fenómenos antes ignorados.

² Si se emplea la violencia contra el libre pensamiento, la violencia muere por sí misma. La corriente que impide avanzar al libre pensamiento avanza hasta destruir todo, hasta destruirse a sí misma, etc. Los otros enemigos del libre pensamiento son los "conservadores obstinados". A. A. R.

La historia del desarrollo de la filosofía, es la historia del pensamiento humano, que podemos estimar como el pensamiento de un solo hombre que va eslabonando con perseverancia unos tras otros, razonamientos e ideas, teorías y concepciones. Y si en cada uno de los hombres se suceden infancia y adolescencia, virilidad y senectud, así también la humanidad pasa por diferentes estados que van mostrando las virtualidades y energías del pensamiento en su desarrollo histórico, energías y virtualidad que ellas mismas nos dan la división del desarrollo histórico de la filosofía.

§ 9. Pero para conocer este desarrollo es preciso estudiar y conocer la historia de la filosofía, que no es otra cosa que una narración de las varias tentativas que en distintas épocas y en diversos países ha hecho la inteligencia humana para alcanzar el fin apetecido. He aquí la importancia y la necesidad de estudiar la historia de la filosofía. Ella es el cuadro de los progresos del pensamiento, que bien merece ser llamado el alma de la historia de la humanidad, aunque los espíritus tristes no quieren ver más que el espectáculo de los extravíos de la inteligencia. No; la juventud no debe denigrar ninguna manifestación de la vida.

Vemos en la historia de la filosofía la lucha de las ideas, pero los sistemas no se destruyen unos a otros, se complementan y tienden a unirse en una síntesis más vasta y preparar la comunión de lo venidero. Alguna vez las mismas doctrinas vuelven a aparecer bajo otras formas y con nuevos desenvolvimientos; pero esta vuelta tiene también su utilidad: los errores cometidos en un principio exclusivo se manifiestan en sus consecuencias y llegan a ser tanto más sensibles cuanto se producen con más consecuencia y abundancia.

Estudiando el desarrollo de la filosofía vemos desde luego un desenvolvimiento cada vez más profundo y cada vez más extenso de la ciencia y siempre en relación con la marcha de la civilización.

§ 10. La historia de la filosofía podemos dividirla en cuatro períodos que señalen las fases de una edad fundamental en la vida de la humanidad terrestre, edad comprendida entre el punto inicial y el punto culminante de la cultura humana.

En el período oriental, se establecen todos los problemas de la ciencia; pero quedan envueltos en sombras y en misterios, ninguno se resuelve con método a la luz de la conciencia; el sentimiento del todo, de lo infinito, de la unidad de las cosas, inspira todas las doctrinas del Cristo. En el período griego el caos se pone en orden, el análisis comienza, el espíritu se recoge por sí mismo y reconoce los seres finitos como tales, con la condición de que la individualidad es un principio igual y divino. Estas dos tendencias se unen en la escuela de Alejandría, que expresa la síntesis de las especulaciones del mundo antiguo.

La antigüedad se detiene en la inmanencia de Dios en el mundo, bajo la forma del panteísmo o del politeísmo. En el período escolástico se desenvuelve el punto de vista de la trascendencia, en que Dios aparece como ser supremo, como Providencia, como Creador y Director del orden

universal. En fin, en el período moderno, que toca a su fin, se opera nueva fusión, más completa que la síntesis alejandrina, la unión de la doctrina cristiana, tal como se había revelado en la teología en la edad media, con las doctrinas de la antigüedad griega y oriental, en que reinaba un sentimiento más vivo de la naturaleza y de la vida divina en el mundo.

En presencia de este cuadro histórico, yo os aconsejo, jóvenes estudiantes, a que no deploréis como los teólogos y los escépticos, de la insuficiencia ni de las condiciones de la filosofía.

Estudad con detención y veréis que cada período tiene su movimiento ascendente y su movimiento descendente, porque está consagrado al desenvolvimiento orgánico de una concepción fundamental, que debe florecer en tanto que es verdadera, y que debe agotarse, en tanto que no es más que una faz de la verdad.

§ 11. Pero si bien confieso, Señores, que el progreso de la filosofía es evidente, también es cierto que no tenemos, aún, una doctrina completa, realizando todas las condiciones de la ciencia. Cada período ofrece algunos ensayos de procedimientos metódicos y de sistematización, algunos detalles de la parte analítica y de la parte sintética de la ciencia; el sentimiento de la verdad jamás ha faltado a la humanidad, como tampoco el sentimiento de lo bello y de lo bueno; pero hasta aquí todos los esfuerzos se han estrellado ante las dificultades de la empresa.

Ningún filósofo ha logrado constituir el sistema de la filosofía de una manera metódica en sus elementos esenciales. Lo que prueba que la certidumbre no está adquirida, es que la duda subsiste en los espíritus. Por eso vemos, hoy día, desarrollarse el mismo fenómeno que se produce en todas las épocas de decadencia de un movimiento filosófico.

El escepticismo se apodera de nuevo de las inteligencias y gana en extensión tanto cuanto pierde en profundidad. Los hechos no pueden ser más manifiestos. La doctrina del sentimiento, desenvuelta por Jacobi, es una protesta vehemente contra la especulación que, según él, termina inevitablemente en el panteísmo.

El positivismo de Comte, el criticismo de M. Renouvier, la sofística de Proudhon, las tendencias nihilistas, en fin, atestiguan el desarrollo de los espíritus y son otros tantos retos lanzados a la metafísica. Pero esto es, a la vez, un signo precursor de una nueva era en el desenvolvimiento de la filosofía y en la vida de la humanidad.

§ 12. Pero ya que nos ocupamos de todos estos síntomas de decadencia de la filosofía moderna, veamos cuáles son los caracteres esenciales y distintivos de esos gérmenes malignos y putrefactos que dislocan la inteligencia y corrompen el corazón de la juventud.

Voy a diseñaros, pues, o más bien dicho, voy a ponerlos al frente de algunas aberraciones del pensamiento moderno. Voy a demostraros que el ateísmo, el materialismo y el positivismo, que invaden a la juventud, de la generación que se levanta, son contrarios, no sólo a la ciencia, sino también a todo progreso y a la civilización misma.

La magnitud de estas cuestiones, en que están comprometidos nada menos que los intereses morales de la sociedad y la dignidad del hombre, exige que las tratemos con franqueza y sin reservas, pero sin olvidar un instante los axiomas y principios de la lógica, para discutir las con conciencia y con acierto.

Sres. La sociedad moderna es víctima de un mal terrible, de un cáncer moral, que amenaza destruirla. Este mal es el materialismo.

Predicado primeramente en Alemania, en las Universidades y en los libros de filosofía y de ciencias naturales, el materialismo invadió en seguida la Francia, descendiendo sin demora desde la cátedra de los sabios a las clases ilustradas y al poco tiempo a las masas populares.

El pueblo se ha encargado de mostrarnos las consecuencias prácticas del materialismo: ha ido poco a poco desprendiéndose todo vínculo, hollando todo respeto: ha rechazado la religión, sus ministros, la jerarquía social, la patria y la libertad. Y todas estas descomposiciones políticas y sociales, operadas por el materialismo en Europa, tuvieron un funesto desenlace: París, la capital de la civilización moderna, fue asolada por el robo, la muerte y el incendio.

La causa de estos fenómenos es racional y está al alcance de todos. Desde el momento en que uno está convencido de que todo acaba en esta tierra, de que no hay nada después de esta vida, sólo nos resta apelar a la violencia y provocar por todas partes las turbulencias de la anarquía, para encontrar en medio de ese desorden propicio, el modo de satisfacer brutales deseos, la ambición y la venganza.

La civilización, la sociedad y las costumbres son una cadena cuyo nudo es la creencia en la inmortalidad del alma y deshecho o roto el nudo, todo se desprende y desaparece. El materialismo es por consiguiente el padre de todos los males de la sociedad moderna: es el azote del día.

§ 13. El materialismo es una gran doctrina muy apreciada entre los *sabios* y especialmente entre los médicos. Desde que la naturaleza se ha rehabilitado en nuestra estimación y la observación de los fenómenos ha descubierto las causas ocultas, las ciencias naturales han adquirido un inmenso desarrollo. Desde que la libertad y la igualdad están admitidas en las costumbres, los intereses materiales siguen una norma progresiva. Y esto es lo que aprovecha el materialismo.

Bueno es que el bienestar se extienda y reine en todas las clases sociales; pero jamás debemos llegar a ser exclusivistas, porque más de una verdad cabe en la inteligencia del hombre. Al lado de la observación o del análisis está la deducción o la síntesis; al lado de los intereses materiales, los intereses morales; al lado de las ciencias naturales, las ciencias matemáticas, jurídicas y filosóficas; en otros términos, al lado de los cuerpos está el alma, al lado de los sentidos la razón, al lado del mundo físico el mundo espiritual y ante todo y sobre todo está Dios.

Lo injusto y el error de los materialistas está en ser simplistas y exclusivos. El hombre, como el mundo, no es uno y simple, sino también armónico y diverso. La unidad de la existencia no se opone a la

dualidad de sus manifestaciones, ni la dualidad a la unidad, porque todo es acorde, todo conspira en el hombre, todo obra y reside sobre todo. La antítesis es completa entre la vida física, en donde todo es continuo, encadenado, fatal, y la vida espiritual, en donde todo es voluntario, consciente y libre; pero todos estos contrastes quedan dominados por la unidad de nuestra existencia. El cuerpo y el alma son dos expresiones equivalentes de una sola y misma naturaleza, considerada ya bajo el carácter de la expansión o de la extensión, ya bajo el carácter de la concentración o de la conciencia.

Es indudable, pues, que el materialismo no tiene asidero en la ciencia, ni que hay razón que cohoneste el crimen de sus partidarios.

§ 14. Pero aun debo insistir en sus relaciones con la civilización. La pluma del materialista deja siempre retiscencias que alucinan a la juventud, y es por eso que yo os voy a diseñarlas, en la extensión que me permite esta conferencia.

Quien quiera es libre de ser materialista, pero necesita al menos que no se pague de palabras y que sepa a qué se obliga enarbolando esa bandera.

La libertad y la perfectibilidad son los atributos que distinguen el hombre entre los demás seres que le circundan. El hombre es libre y perfectible porque tiene la conciencia y la razón: la conciencia le revela lo que él es, y lo que hace; la razón le abre la vía hacia el ideal, es decir, la vía del progreso. Pero estos atributos desaparecen desde el momento que se borra la diferencia entre el alma y el cuerpo.

Si el hombre es pura materia, no es libre, porque todo es fatal en los movimientos de la materia; y si el hombre es libre, no es pura materia, porque es imposible que la libertad nazca de la fatalidad.

Pero el materialismo no solamente anula la libertad: sus golpes resisten también a lo ideal, a la razón, al progreso y a todas las leyes del orden moral. El hombre, para los materialistas, es un cuerpo organizado, dotado de sentidos, incapaz de salvar la ley de la fatalidad.

El materialismo niega, pues, lo que hay de más elevado, todo lo que es divino en la vida, tal como el deber, que no es otra cosa que la obligación de hacer el bien y de practicar la justicia de una manera absoluta. ¿Qué sería la sociedad humana sin el sacrificio de nuestras conveniencias personales al sentimiento del honor? ¿Qué sería el espíritu científico y los estudios serios, que son la gloria y la verdadera riqueza de las naciones, sin la subordinación de nuestros caprichos a la investigación de la verdad?

Os aconsejo, pues, que perseveréis en la religión del deber, si creéis que el bien debe practicarse sin ninguna consideración de utilidad personal; si creéis que la verdad deba amarse por sí misma, mal que les pese a los gobiernos absorbentes interesados en anonadarla; si creéis que hay algo de absoluto en la vida, que cada uno se debe a todos y que todos se deben a sí mismos para concurrir a realizar el ideal de la humanidad. Si así pensáis, rechazad muy lejos el materialismo, porque el materialismo es la negación de todo derecho, de toda libertad y de todo bien!!

Para que jamás se alucinen por el charlatanismo, ni por la especulación, es preciso que aprendan a filosofar, a reflexionar antes que a creer, a consultar la razón antes de obrar y a ir al fondo de las cosas sin enmarañarse en la superficie. Siguiendo este método pronto comprenderéis que el ateísmo es una paradoja, que el positivismo es un engaño y que el materialismo es una doctrina funesta, triste y estrecha.

Es preciso que seáis partidarios de lo ideal, porque el ideal de la humanidad os habla de libertad, de justicia y de deber. Es preciso que tengáis repugnancia y aprendáis a rechazar todas las doctrinas o hipótesis que sacrifiquen la libertad a la materia, la justicia a la fuerza y el deber al goce.

No os detengáis en el materialismo, porque el materialismo humilla al hombre al nivel del bruto; ni en el positivismo, porque el positivismo no va más allá de la humanidad terrestre; no os detengáis en el ateísmo, porque el ateísmo no pasa del mundo. Elevaos sobre la materia, sobre la humanidad, sobre el mundo: elevaos hasta la causa primera, elevaos hasta Dios.

§ 15. Pero cualquiera que sean los estragos del materialismo y del positivismo, ellos no son suficientes para abrigar temores por la suerte futura de la filosofía. Por más que el espiritualismo parezca fatigado por sus propias gloriosas tradiciones, él se arraiga cada vez más en la conciencia humana y tiene elementos suficientes para resistir los ataques obstinados del ateo y la indolencia del escéptico.

Existe una doctrina que está operando una revolución en el mundo filosófico, porque es el desideratum de la juventud de la humanidad y de la filosofía moderna. El revolucionario es Krause: la doctrina es el sistema ideal del porvenir.

Ningún filósofo hasta hoy ha dado un sistema que organice más cumplidamente todo el saber humano, ni que siembre tantos y tan fecundos gérmenes. Muchos siglos no bastarán a agotar todo el pensamiento del gran filósofo, y toda reforma que realicen las generaciones venideras se apoyarán necesariamente sobre las primeras bases por él sentadas. Krause es a la filosofía lo que Euclides a la geometría, lo que Leibnitz al cálculo diferencial.

La doctrina de Krause, no solamente es un progreso, sino también una innovación; es la reforma más decisiva que se ha cumplido desde el renacimiento, desde el cristianismo, en el mundo de las ideas y debemos saludar en ella la aurora del ideal del porvenir.

Todo el espíritu ilustrado que no esté carcomido por el escepticismo sabe que las ideas gobiernan el mundo, que la sociedad se modifica a medida que el ideal se instituye, que toda época fundamental en la vida de los pueblos está preparada por una concepción más exacta y más completa de Dios y del hombre, de los derechos y de los deberes de los seres racionales. Por eso, tomando por un lado el Gobierno y las aspiraciones de nuestro tiempo, por otro las ideas sentadas en las obras de Krause y su escuela, creemos que la doctrina de este pensador inaugura la tercera época

de la vida de la humanidad, la época de la madurez, de la armonía y de la organización.

Krause, mejor que nadie ha determinado la naturaleza de Dios y del hombre; nadie ha concebido mejor la organización social desenvuelta sobre la base de la igualdad, de la libertad y de la asociación, respetando todas las grandes instituciones que sin discontinuidad han fecundado la vida social, la religión, la familia y la propiedad; nadie ha reducido mejor a la unidad, ni demostrado mejor, con los recursos combinados de la intuición y de la deducción, las verdades capitales que conciernen, ya al orden físico y moral del mundo, ya a la marcha progresiva de la civilización sobre nuestro globo. Metafísica, lógica y matemáticas; psicología, arte y lenguaje; moral, derecho, religión y filosofía de la historia, todo ha sido sometido a la crítica en el sistema de Krause; todo ha pasado por el crisol del análisis y de la síntesis y después del examen todo refleja fielmente el carácter divino de la organización, porque todo tiene su razón en Dios y se une a Dios en la armonía de la vida universal.

Si la Alemania es la cuna de la doctrina de Krause, es porque el espíritu alemán, después de los trabajos de Leibnitz, y sus sucesores, estaba mejor preparado que ningún otro, a las vastas concepciones; pero su esfera de irradiación se extiende hoy en Europa y en América; no lleva el sello del genio de una raza, sino el genio de la humanidad; se dirige a la razón común y da satisfacción a las aptitudes de todos los pueblos.

En los tiempos de crisis que estamos. cuando hay perversión moral, cuando la existencia de Dios, la santidad del matrimonio, el objeto del derecho y de la verdad, son sin cesar puestos en cuestión, se reconocerá muy luego que el sistema de Krause es una doctrina de salvación; que puede ella no sólo afirmar las convicciones conmovidas, e inspirar confianza a los indiferentes, sino también guiar a la juventud que se levanta por la senda del bien y de la verdad.

Jóvenes estudiantes: estudiad con afán las doctrinas de Krause y os habréis penetrado del movimiento o desarrollo filosófico del siglo XIX.

§ 16. Os he bosquejado ya aunque a grandes rasgos, la utilidad y el desarrollo de la filosofía; sólo me resta, pues, tratarla en sus diversas acepciones y estudiarla en sus relaciones con las demás ciencias, para completar los puntos que abarca la bolilla del programa, que tenemos que recorrer en el presente año.

Ante todo: ¿qué es la filosofía y cuál es su posición en la ciencia? ¿Es toda la ciencia, o sólo es un punto de ella? Si es una ciencia distinta, ¿cuál es su puesto en el conjunto de las ciencias? ¿Qué especie de conocimientos comprende, a qué objetos se aplica, cuál es su valor, cuáles son sus condiciones y sus divisiones?

La ciencia ha sido definida por Arhens, como el conjunto de conocimientos verdaderos y ciertos, o sea más sencillamente, un sistema de verdades evidentes.

Debemos distinguir, previamente, la ciencia del arte, para encuadrar, en seguida, a la filosofía con entera precisión y exactitud. El arte se com-

pone de obras inspiradas por la imaginación y desarrolladas bajo una forma armónica bajo el principio de lo bello; la ciencia se compone de conocimientos adquiridos por la razón y formulados en el lenguaje bajo el principio de lo verdadero. La filosofía es aquella parte de la ciencia que contiene nuestros conocimientos más elevados; es el sistema del conocimiento racional y del conocimiento indeterminado; es decir, el sistema del conocimiento a-priori, que escapa a los límites de la observación y se apoya en una intuición intelectual.

El objeto de la filosofía es, pues, el conocimiento suprasensible. La filosofía no es una ciencia de hechos, sino de principios; no es una ciencia de fenómenos variables y contingentes, sino de leyes inmutables, de causas necesarias; no es la ciencia de lo que no es, sino de lo que es. Platón la definía la ciencia de las ideas y Aristóteles, la ciencia de las causas, y ambos tenían razón si se entiende por idea la expresión de la esencia eterna de las cosas.

La filosofía se ocupa del por qué de las cosas, de la causa de los fenómenos, sin entrar en su análisis. De la misma manera se pueden averiguar los atributos comunes y esenciales de los individuos o el principio de la individualidad, sin detenerse en el retrato de tales o cuales personajes. Aunque todo varía en el tiempo, el tiempo no varía; y aunque todo muda en la vida, el mudar queda como es, la serie continua de los estados que pasan de la posibilidad a la realidad. Hay en todo ser que cambia alguna cosa que no cambia; es, a saber, la esencia del ser. y esta esencia es también un objeto de especulación filosófica.

La filosofía es el sistema de los principios, la ciencia de las leyes y de las causas en general. Se aplica lo mismo a los principios del conocimiento, que a los principios de la existencia. Los principios del conocimiento y de la existencia se unen en el principio infinito y absoluto de la ciencia. Este principio es un objeto de la filosofía, como todos los principios subordinados que de él se derivan y que dominan la cosmología y las matemáticas. Todo principio particular proviene como consecuencia de un principio más general; todos los principios forman uniéndose una cadena y una trama, como los teoremas de la geometría, y como los teoremas tienen su razón en el espacio, todo el organismo de los principios halla su fundamento en el primer principio de todas las cosas. Exponer este conjunto de principios bajo una forma sistemática es el objeto propio de la filosofía.

La filosofía es, pues, el sistema de los principios, de las causas y de las leyes que presiden al orden universal. Y como los principios no son ni fenómenos pasajeros, ni accidentes locales, se puede decir que la filosofía es independiente de lugares y de épocas, o que ejerce su imperio en el tiempo y en el espacio sin límites. Los hechos históricos enriquecen la memoria para un tiempo, pero si deben acumularse sin cesar, la sobrecargarán por su abundancia.

Cada humanidad en el globo tiene su historia particular, pero los incidentes de la vida terrestre, tan importantes a nuestra vista, no tienen

el mismo precio para los habitantes del cielo. Al contrario, los principios son en todas partes y siempre los mismos; las leyes de la organización, del movimiento y del cálculo no cambian según el tiempo y los lugares; lo que es verdadero, bueno y justo acá abajo, queda verdadero, bueno y justo allá arriba. La filosofía del cielo puede ser más perfecta, pero no es otra que la de la tierra.

Generalmente se cree que la filosofía es la ciencia del *yo* y de sus relaciones; pero esto es hacer creer que la psicología es toda la filosofía, mientras que no es más que su principio. Otros han dicho que la filosofía es la ciencia de la naturaleza: es hacer suponer que la naturaleza es el conjunto de las cosas, mientras que no es sino una parte de ellas. Otros consideran la filosofía como la ciencia de Dios, la ciencia de lo absoluto, la ciencia de lo infinito, la ciencia de la identidad absoluta del espíritu y de la naturaleza: es decir, que la metafísica absorbe toda la filosofía, cuando no es más que su fin. Todas estas definiciones, hechas según el idealismo, el materialismo o el panteísmo son incompletas.

La filosofía es a la vez la ciencia de Dios, la ciencia de la Naturaleza, la ciencia de la Razón, la ciencia de la Humanidad, pero no considera estos objetos más que en su faz eterna. El espíritu, la naturaleza, y la humanidad son únicos, infinitos y absolutos en su género; Dios es el Ser puro y simple; la unidad de la esencia, lo infinito y lo absoluto, completos: he aquí lo que concierne a la filosofía. Pero las manifestaciones de la humanidad sobre los diversos puntos del espacio, los fenómenos del mundo físico o del mundo espiritual en los diversos momentos de la duración, los decretos de Dios en el Gobierno providencial de las cosas: he aquí el destino de la historia.

Se comprende ya que la filosofía podrá dividirse como la ciencia misma, según sus objetos: hay una filosofía de Dios, una filosofía de la Naturaleza, una filosofía del Espíritu, una filosofía de la Humanidad.

La filosofía, como tal, está fundada en el espíritu humano y satisface las necesidades de la razón. La ciencia en general tiene su origen psicológico en el instinto de curiosidad, que se manifiesta ya en la infancia y que se transforma en deseo de saber, a medida que la conciencia se despierta.

La historia ha nacido del deseo de conocer los hechos y la filosofía del deseo de conocer el por qué de los hechos.

§ 17. La filosofía abraza todas las ciencias particulares, bajo una relación esencial: no hay ciencia sin principio; cada ciencia debe estudiarse bajo un punto de vista filosófico, en su principio y en sus relaciones con los principios de otras ciencias. Todas las ciencias especiales expuestas por espíritus superiores, tienden visiblemente a constituirse, unas después de otras, sobre una base filosófica. Ninguna ciencia distinta puede demostrar su principio, porque el principio se deduce de un principio más elevado, que no es de su dominio; acepta su principio como un dato, como un tema de la filosofía y se limita a desenvolverle en su contenido, en sus aplicaciones y en sus consecuencias. Sin la filosofía, los principios de la ciencia no tendrían, pues, sino un valor hipotético. Las

matemáticas no prueban la existencia del espacio o del movimiento, ni la física, la existencia de la materia, ni la fisiología la existencia de la vida; pero cada una de estas ciencias refiere a su objeto todo el conjunto de verdades que de allí proceden, cada una se propone resolver este problema: dado un objeto, determinarle completamente, según el método. Este objeto es conocido instintivamente; ¿pero la intuición tiene un valor objetivo? ¿El espacio, el movimiento y la materia, existen en sí mismas? Esto depende de sus relaciones con el principio absoluto de la ciencia; es imposible de establecer sin abandonar el plan de las ciencias particulares. Sólo a la filosofía le corresponde fijar de una manera cierta los principios sobre que se apoyan las demás ciencias.

Quien constituye la unidad de la ciencia y circunscribe su dominio es el principio. Esta es la parte más elevada de la ciencia y a la cual todo lo demás está subordinado; surgiendo de ahí la preeminencia de la filosofía como sistema de principios. Ella es realmente, según su naturaleza y tradición, la ciencia superior y directora, encargada de fundar la armonía en el reino de la inteligencia, de coordinar todas las teorías científicas, enlazándolas entre sí por efecto de la demostración, por consiguiente, de mantener cada ciencia en su límite especial o impedir toda usurpación.

Ni las ciencias naturales, ni las ciencias históricas, ni las sociales, pueden juzgar sobre el espíritu, respecto del mundo, ni en materia de principios: sólo la filosofía se extiende a todo, puesto que abraza en el círculo de su actividad a Dios, el universo y la humanidad. En la filosofía, pues, se encuentran los principios que reducen todas las ciencias a la unidad. Tal es, Sres., la constitución ideal de la filosofía en sus relaciones con las demás ciencias.

§ 18. La filosofía es aún imperfecta, pero marcha hacia el cumplimiento de su destino: sus antecedentes, su estado actual y sus tendencias responden de su porvenir. La época más estéril para la cultura de las ciencias, la edad media, fue también una época de abatimiento para la filosofía. En los tiempos modernos, las ciencias de observación reciben el más vivo impulso de la filosofía de Bacon, y las ciencias de raciocinio, como las matemáticas y los estudios morales, de la filosofía de Descartes y de Leibnitz. El espíritu nuevo que comienza a penetrar en las ciencias naturales se remonta a Kant, a Schelling y a Krause.

Vemos, pues, que en todas partes y siempre, el brillo y carácter de las ciencias corresponden al esplendor y a la dirección de la filosofía. ¿De dónde vendría el progreso, sino de la ciencia que proclama el libre examen, como base de la certeza, y se eleva a todo lo que es divino para esparcirle en el mundo y hacerle fructíferar (sic) en el espíritu y en el corazón de los hombres?

La influencia de la filosofía sobre las demás ciencias, no está aún realizada de una manera completa, porque sus grandes divisiones no están poseídas, porque su método no está aún fijado, ni organizado como para progresar rápidamente. Pero no debemos desesperar por esto. *Nada viene a la humanidad antes de su hora. El tiempo es el sol que madura el fruto.*

de la ciencia; el genio no hace más que tomarlo. Dad tiempo al tiempo y veréis a la filosofía revolucionando el mundo científico, labrando a cada ciencia su campo y entonces os habréis convencido hasta la evidencia, que es la ciencia de los principios de todas las ciencias.

Jóvenes estudiantes: aquí termino la primera conferencia. Os he bosquejado, aunque a grandes rasgos, el origen, desarrollo e importancia de la ciencia cuya enseñanza se me ha encomendado y al inaugurar nuestras tareas sólo os pido lealtad, constancia y aplicación.

He dicho.